

NOTA

El maestro exterior y el Maestro interior en *Del Maestro*

The external teacher and the internal Teacher in *De Magistro*

Paula Alejandra Camusso¹

¹ Universidad Nacional de Villa María. E-mail: paulacamusso@gmail.com

Recibido: 15/01/2019.

Aprobado: 01/03/2019.

Autor para correspondencia: paulacamusso@gmail.com

Conflicto de Interés: Ninguna.

Resumen: San Agustín en su obra *Del Maestro* sólo reconoce a Dios como Maestro y rechaza la idea de que el maestro humano enseñe. Ante esta situación, el interrogante que surge es ¿qué tarea atañe al hombre en su rol de educador si sólo Dios es Maestro? El presente trabajo, luego de un recorrido de los conceptos más relevantes de *Del Maestro*, propone un análisis tanto del maestro externo como del Maestro interno en cuanto a las tareas que les competen. La conclusión a la que se arriba es que sólo a partir de la enseñanza del Maestro interior podemos alcanzar el conocimiento intelectual verdadero, en otras palabras, la sabiduría. Si bien el maestro humano no puede transmitir las verdades eternas o primeros principios a través de la palabra dado que se hallan en el interior de cada hombre, sí puede enseñarle al educando cómo ejercitar el acto que distingue al hombre del resto de los mortales: pensar.

Palabras clave: San Agustín, maestro, educación.

Abstract: In his work *De Magistro*, Saint Augustine only recognizes God as Teacher and rejects the idea that the human professor teaches. The question that arises in these circumstances is what role do men have as educators if only God can be regarded as Teacher? After the presentation of the most relevant concepts included in *De Magistro*, the present work offers an analysis of the tasks that both the external teacher and the internal Teacher have. The conclusion arrived at is that only through the internal Teacher's teaching we can have access to truthful intellectual knowledge, i.e., wisdom. Even though the human teacher cannot transmit the eternal truths or first principles through the word given that they are inside every man, they can teach learners how to exercise the act that differentiates men from the rest of the mortal: to think.

Keywords: Saint Augustin, teacher, education.

INTRODUCCIÓN

Es innegable que en la actualidad existe una escisión entre el prototipo de hombre que se quiere formar en el ámbito educativo y los hombres que resultan del sistema educativo. Es por ello que resulta menester plantearse ¿qué estamos haciendo para formar hombres de bien y libres, en cuanto pensamiento y acción? si es que hay, en primer lugar, algún accionar tendiente a lograr dicho objetivo. ¿Ha dado alguna respuesta satisfactoria el actual proyecto educativo? Expresa Lasa (2017) al respecto: “el fin de la persona humana y su consecución están totalmente ausentes de la agenda educativa de nuestros días. La actual concepción educativa desconoce y no quiere dar respuesta, de modo deliberado, a las exigencias más profundas del hombre” (párra. 12). Acerca de esto Galimberti (2007) agrega: “no hay *nada* que enseñar ni *nada* que aprender. Sin embargo, se objeta con razón, sigue habiendo *saber*. Y respondemos sí, pero este saber es meramente *técnico* en el sentido de una multiplicidad de *técnicas y medios de información*” (p. 10). A nuestro entender, como docentes, es posible comenzar a generar un cambio en las aulas; los educadores deberíamos generar en los educandos el pensar, es decir, lograr que se formulen preguntas acerca de quiénes son y cómo llegar a ser quienes dicen ser. En este sentido, es muy importante lo que señala Lasa (2007b): “El hombre que sabe de sí, se descubre no siendo todavía todo aquello que querría ser y, por lo tanto, el educarse es una exigencia que está inscripta en las mismísimas entrañas de su ser” (p. 67).

El objetivo de este trabajo es comprender cuál es la función tanto del maestro exterior como del Maestro interior en *Del Maestro* de san Agustín de Hipona (trad. 1947). Para dar respuesta a la pregunta expuesta es necesario repasar algunos conceptos, a saber: la doctrina del iluminismo del Santo de Hipona, los primeros principios o verdades eternas, el valor de la palabra y la interioridad, los cuales van a allanarnos el camino para lograr una comprensión del tema de estudio. El presente escrito está organizado de la siguiente manera: primero se definen algunos conceptos, luego se analiza el oficio del maestro humano y del Maestro interior y, por último, compartimos las conclusiones a las que se arribó.

Consideraciones preliminares

San Agustín escribió *Del Maestro* en 389; primera obra en la que enseña su *doctrina de la iluminación*, según la cual, Dios habita en el interior del hombre (Salazar Antequera, 2002, p.153). Refiere Lasa (2001): “El alma, pese a que [...] no es plenamente inmutable, participa empero de la inmutabilidad, ya que, por la acción iluminativa de aquel que es el mismísimo Inmutable, Dios, conoce las verdades que intuye en su interior” (p. 59). En el mismo escrito Lasa agrega: “Dios [...], por *acción iluminativa*, pone en marcha el dinamismo cognoscitivo del sujeto, al modo como el sol permite al ojo humano ver. Así se instaura en la interioridad [...] una *comunidad originaria* entre Dios y la conciencia de los hombres” (p. 64). En este punto es relevante hacer referencia a una de las influencias que tuvo san Agustín. A propósito, señala Lasa (2005): “La teoría agustiniana de la iluminación se nutre evidentemente de la tradición platónica” (pp. 409-410). En su libro *República*, Platón explica que para que el hombre pueda ver, es preciso no sólo el ojo humano y el objeto que se pretende ver, sino también la luz del sol que hace posible que el ojo vea y el objeto sea visto (Lasa, 2006, p. 185). Similarmente, Agustín recurre a la metáfora de la luz, y afirma que el hombre es capaz de ver gracias a Dios, quien lo ilumina; es Dios quien hace inteligibles las cosas. Explica Lasa (2005): “las cosas no son inteligibles en sí y por sí mismas, sino consideradas a la luz de las verdades que se hallan en el intelecto del hombre, y que éste, por otra parte, las conoce gracias a la iluminación divina” (p. 410).

El teólogo de Tagaste propone tres grados del ver, a saber: “el de la visión natural de la sola razón, el de la razón iluminada por la luz de la fe y el de los bienaventurados que gozan de la visión de Dios” (Lasa, 2006, p. 186). Cada uno de los grados superiores implica a los inferiores, por lo que primero es necesario poder ver la verdad para luego conocer las verdades por el ver de la fe y, por último, alcanzar el ver pleno (Lasa, 2005, pp. 408-409). Todo hombre debería aspirar a alcanzar el tercer grado del ver, es decir, la beatitud, que “significa no sólo ver el fin sino amarlo” (Lasa, 2005, p. 428), pero la pregunta es ¿cómo lograrlo si la razón sabe que es incapaz de alcanzarla por sus propios medios? Lasa (1999a) nos brinda una respuesta: “La razón, que establece estos interrogantes, encuentra la solución de los mismos en la revelación divina. Es la Palabra de Dios quien le enseña a la razón: ‘Si no creéis no entenderéis’” (p. 27). En otras palabras, al no poder alcanzar por sus propios medio el objeto de su búsqueda, la razón acude a la fe, la cual le ofrece una respuesta satisfactoria. Es decir, “El *creer* es la condición de posibilidad del entender” (Lasa, 2004, p.154). Leemos en *Del Maestro*: “creo todo lo que entiendo, mas no entiendo todo lo que creo” (San Agustín, trad. en 1947, 12, 38). Es innegable que los sentidos le ayudan al hombre a percibir las cosas, pero es la acción iluminativa de Dios la condición necesaria para que el hombre, una vez iluminado su intelecto, descubra la inteligibilidad de aquello que se le manifiesta y lo aprehenda y, así, trascienda el mundo corpóreo.

Aquí resulta relevante señalar que, para el Santo de Hipona, la inteligibilidad de las cosas no es una propiedad per se, sino que son inteligibles en cuanto que son vistas a la luz de los principios que se encuentran en el interior del hombre, quien es iluminado por Dios (Lasa, 2006, p. 191). Dichos *primeros principios* no se enseñan, sino que son verdades o reglas eternas que se encuentran en el interior del hombre. San Agustín (trad. en 1947) le explica a su hijo:

Cuando se trata de lo que percibimos con la mente, esto es, con el entendimiento y la razón, hablamos lo que vemos está presente en la luz interior de la verdad, con que está iluminado y de que goza el que se dice hombre interior; mas entonces también el que nos oye conoce lo que yo digo porque él lo contempla, no por mis palabras, si es que lo ve él interiormente y con ojos simples. (12, 40)

Al estar estas verdades inteligibles presentes en cada hombre es que la comunicación es posible. En este sentido, Lasa (2001) expresa: “[el alma] se entiende a sí misma y entiende toda otra cosa a la luz de los inteligibles de que Dios la dota (iluminación)” (p. 74). Es relevante señalar que lo universal, el *logos*, permiten a las personas comunicarse entre sí (Lasa, 2009, párr. 4). Define Lasa (2007a) el *logos* en estos términos: “es el *elemento de universalidad* que es inherente al discurso y la *forma* del mismo: gracias a su presencia resulta posible hablar acerca de algo. El *logos* o palabra es, pues, el principio que estructura el discurso sobre la realidad” (p. 69).

Para comunicarse, el hombre acude a las palabras, que pueden definirse como signos de las cosas significadas, y si bien le permite comunicarse, no tienen un valor en sí mismas dado que sólo Cristo es capaz de hacernos entender las cosas significadas. Las palabras por sí mismas no nos pueden dar a conocer la cosa en cuestión; es nuestro conocimiento de la cosa lo que nos permite relacionar signo con cosa significada. Al respecto Salazar Antequera (2002) arguye: “el conocimiento de las cosas no me viene de las palabras sino de las cosas significadas por ellas...la palabra llega a ser signo de algo, cuando se conoce la cosa significada por ella” (p. 159). Leemos en *Del Maestro*: “aunque haya oído una palabra, no sé, sin embargo, que es tal hasta saber qué significa. Por tanto, es por el conocimiento de las cosas por el que se perfecciona

el conocimiento de las palabras, y oyendo las palabras, ni palabras se aprenden” (San Agustín, trad. en 1947, 11, 36). Advierte Lasa (2001): “Las palabras no me enseñan: sólo me incitan a *recordar* o *buscar* los objetos. Es preciso *ver* la cosa para conocerla” (p. 78). En consecuencia, el ver “es un acto de la mente que aprehende la esencia del algo, *lo* inteligible [...] Luego de haber aprehendido el significado de algo, se lo puede nombrar; de esta manera, el ver hace posible el decir, y el decir, el oír” (Lasa, 2005, p. 408). San Agustín y Adeodato llegan a la conclusión de que “el conocimiento de las cosas significadas es mejor que los signos mismos, aunque no mejor que el conocimiento de los signos” (San Agustín, trad. en 1947, 9, 28). Y acerca de la finalidad del lenguaje, san Agustín (trad. en 1947) le dice a Adeodato: “el uso de las palabras debe ser antepuesto a las palabras mismas, pues las palabras son para que nosotros usemos de ellas, y usármolas para enseñar” (9, 26). Es decir, debemos servirnos de las palabras. Salazar Antequera (2002) afirma que “las palabras adquieren, en la doctrina de la iluminación, un valor ‘mayéutico’, como para Sócrates” (p. 164) dado que nos permiten preguntar y así contribuyen en la búsqueda de la verdad. Esto es evidente en el diálogo de *Del Maestro*, en el cual san Agustín y Adeodato, a partir de lo que el Santo de Hipona (trad. en 1947) describe como una *lucha de palabra* (10, 31), intentan llegar a la verdad de las cuestiones que se plantean, tales como si es posible mostrar algo sin emplear signos o si el conocimiento de las cosas es preferible a los signos.

Conviene precisar aquí el significado de la *interioridad* según el filósofo cristiano de Tagaste. A propósito de esto Lasa (2001) escribe: “Para Agustín, el concepto de interioridad está indicando la existencia de una *comunidad primera* entre el hombre y Dios, la cual funda toda otra comunidad posterior” (p. 57). Con la ayuda de Dios, el hombre puede entrar en su interior y saber que Cristo reside en él como así también considerar aquellas realidades incorpóreas perceptibles a la inteligencia. Dichas realidades son inmutables, verdaderas; son uno porque participan más de la unidad que aquellas realidades mutables y múltiples. Salazar Antequera (2002) explica que san Agustín distingue entre cosas externas y cosas internas: a las primeras accedemos a través de los sentidos mientras que a las realidades externas “las percibimos no con las palabras sino con ‘la mente,’ esto es, con el entendimiento y con la razón (*intellectu atque ratione*)” (p. 161). Únicamente el alma humana puede participar de las realidades inteligibles; es la única que tiene acceso al *ser*. Leemos en *Del Maestro* (San Agustín, trad. en 1947): “a Dios se le ha de buscar y suplicar en lo íntimo del alma racional, que es lo que se llama “hombre interior”; pues ha preferido que éste fuese su templo” (1, 2). En este sentido, Lasa (2004) advierte: “El hombre tiene por naturaleza, pues, la capacidad de volverse a Dios. Para actuar esta capacidad es preciso que la voluntad realice un acto de amor: es menester que ella quiera dirigirse a Dios” (p. 153).

El oficio del maestro humano y del Maestro interior

En *Del Maestro* es posible advertir varias instancias en las que el Santo de Hipona expresa su postura respecto a quién le corresponde el título de Maestro: “esta verdad que es consultada y enseña, es Cristo” (San Agustín, trad. en 1947, 11, 38); “Mas se engañan los hombres en llamar maestros a los que no lo son” (14, 45); “no llamemos maestro nuestro a nadie en la tierra, puesto que el solo Maestro de todos está en los cielos” (14, 46). En el caso de las verdades eternas, el maestro humano no puede enseñarlas porque forman parte de la memoria del alma. De hecho, dichos principios son recordados con la ayuda de Dios. En este sentido, san Agustín (trad. en 1947) le explica a Adeodato: “por mis palabras no has aprendido nada, ni en aquello que ignorabas afirmándotelo yo ni en esto que sabías muy bien” (12, 40). En consecuencia, para el

Doctor africano, “Él es el Verbo, el único maestro, el maestro interior que ilumina a la mente para que ésta descubra una proposición como verdadera” (Lasa, 1999b, p. 51).

Sin embargo, el maestro externo puede enseñarle al educando cómo ejercitar el acto que distingue al hombre del resto de los mortales: pensar. Lasa (2007a) afirma que el acto de pensar “es siempre *tensión hacia* el saber, hacia el objeto de su búsqueda: la verdad” (p. 68). Es a partir del pensar que el hombre busca entender, y el maestro humano puede brindar ayuda a su discípulo en este acto. Señala Lasa (2009) al respecto: “Esta ardua tarea del pensar no se aprende de la noche a la mañana: requiere de un largo y a veces penoso o árido ejercicio, siempre en torno a quien ha hecho del mismo su tarea existencial: el maestro” (párr. 7). Si el maestro humano sale a la ayuda del enseñando para que pueda ver, va a poder hacerlo a partir de la palabra en tanto pronunciada. De hecho, “El fin del que dice es, en definitiva, incitar a que el otro utilice su mente para que también pueda *ver*, nos diría Agustín” (Lasa, 2006, p. 186). En *Del Maestro*, afirma Agustín (trad. en 1947): “nuestra palabra tiene dos fines: o enseñar o despertar el recuerdo en nosotros mismos o en los demás” (1, 1). Expresa Lasa (2001): “La finalidad del *sujeto agente* es la de producir una transformación en el *sujeto paciente*” (p. 67). En este caso, el *sujeto agente* sería el maestro humano y el *sujeto paciente* el discípulo, quien aún no es consciente de la verdad que habita en su interior; “su alma pasa, activamente, a aprehender el significado que la articulación sonora le provoca [...] he aquí la modificación operada *in interiore homine*” (Lasa, 2001, p. 67). “Es en ese pasaje del alma del discípulo de aquello que conoce a lo que desconoce donde opera el maestro” (Lasa, 2007b, p. 88). Para que todo ello tenga efecto alguno en el enseñando, primero éste debe tener deseo de ejercitar la acción de pensar y voluntad para la búsqueda de la verdad. Lasa (2016) nos habla del *eros* como condición necesaria para la búsqueda de la verdad: “La búsqueda está provocada por el deseo ferviente del espíritu humano de encontrar la verdad” (p. 23). En otras palabras, el deseo se traduce en una búsqueda. Advierte Lasa (1999b) al respecto de nuestro filósofo: “El punto de partida en el proceso de formación del hombre es, para Agustín, su inquietud esencial” (p. 37).

Otras condiciones deben darse. San Agustín (trad. en 1947) refiere también a la necesidad de volverse al interior de sí mismo: “una vez que los maestros han explicado las disciplinas que profesan enseñar, las leyes de la virtud y de la sabiduría, entonces los discípulos consideran consigo mismos si han dicho cosas verdaderas, examinando según sus fuerzas aquella verdad interior” (14, 45). Nuevamente queda en evidencia la limitada tarea del maestro externo. Por lo expuesto, a la pregunta ¿el maestro humano enseña?, san Agustín nos respondería negativamente porque el maestro humano no puede transmitir las verdades eternas o primeros principios a través de la palabra dado que se hallan en el interior de cada hombre. Lasa (1999b) resalta una función que sí puede tener el maestro externo: “Sólo puede suministrar noticias u objetos de ciencias, o advertir o invitar al alumno a volverse hacia las realidades que hacen posible sus juicios sobre la realidad sensible, esto es, volverse hacia las reglas eternas” (p. 52). Esta función, propia del maestro exterior de ayudar al discípulo a ver, puede definirse como “la mayor caridad espiritual que un hombre puede ejercer para con otro” (Lasa, 2007b, p. 86); he aquí la importancia del educador.

Por otra parte, el maestro humano puede ayudar al discípulo a adquirir el hábito de la ciencia a partir de la repetición de las siguientes operaciones: *definir, distinguir, relacionar, buscar causas, sistematizar, criticar y sintetizar* (Lasa, 2007b, p. 92). En *Del Maestro*, Agustín entrena a Adeodato en los distintos hábitos; virtudes que el Santo ya posee dado que, de lo contrario, no podría enseñarlas. Por ejemplo, Agustín le pide a su discípulo que *defina* cada una de las

palabras de un verso, lo cual le resulta difícil: “Sé lo que significa *si*, mas no hallo otra palabra con que se pueda expresar su significado” (San Agustín, trad. en 1947, 2,3). San Agustín le insiste en que prosiga: “vuelve a aquel verso e intenta, según tus fuerzas, mostrar el significado de las demás palabras” (2,4). El Doctor africano le pide a Adeodato que *distinga* “palabra” y “nombre”: “¿Puedes decir la diferencia que hay entre ellos, exceptuada su diversidad en la escritura y pronunciación?” (5, 11). San Agustín (trad. en 1947) también invita a Adeodato a establecer relaciones:

Quisiera me respondieses a esto también: siendo una palabra signo de un nombre, el nombre signo de un río, y el río signo de una cosa que ya se puede ver, según la diferencia que notaste entre esta cosa y el río, esto es, su signo, y entre este signo y el nombre que es signo de este signo, ¿en qué juzgas se distinguen el signo del nombre, que hallamos ser la palabra, y el nombre del cual es signo? (4,9)

El Santo de Hipona le pide a su discípulo que *busque la causa* de la diferencia entre “palabra” y “nombre”: “¿Por qué una de estas dos cosas ha sido llamada *verbum* (palabra) y la otra *nomen* (nombre)?” (5, 12). El teólogo de Tagaste le solicita a Adeodato que *sintetice* lo que han dialogado y éste lo logra satisfactoriamente: “Quisiera que me resumieses todo lo que hemos ya descubierto en nuestra discusión” (7, 19).

Le advierte san Agustín (trad. en 1947) a Adeodato: “sucede muchas veces, que interrogado niegue alguna cosa y se vea obligado con otras preguntas a confesarlo” (12, 40). Es éste precisamente el método empleado por el Doctor africano en el diálogo con su hijo. Elige Agustín la *disputatio* para el entrenamiento de los mencionados hábitos de pensamiento y para incitar al discípulo a pensar. Explica Lasa (2007b) al respecto: “La *disputatio* sólo puede desarrollarse dentro del marco del arte dialéctico [...] cada uno de los que intervienen en la disputa ofrece sus argumentos. A cada uno, luego, se le presentan objeciones que deben dar lugar a las respuestas respectivas” (pp. 111-112). De esta manera, “la verdad de la aserción se impone por sí misma al interlocutor” (Lasa, 2005, pp. 432-433). A lo largo del diálogo que entabla Agustín con su hijo, se advierte un patrón: de discute a partir de una pregunta, cada una de las partes ofrece una respuesta, lo cual da lugar a otras preguntas y argumentos, y se culmina con el acuerdo entre las partes. En varias oportunidades, luego de haber presentado cada uno sus argumentos, Adeodato expresa pensar de la misma manera: “Asiento completamente a ello” (san Agustín, trad. en 1947, 1, 2); “Nada tengo que contradecirte” (3,5); “Convenimos” (6,7); “Concedo” (4, 9); “Lo entiendo y soy de tu parecer” (5, 14). Adeodato se percata de la ayuda que ha recibido del filósofo de Tagaste y expresa su gratitud: “quedo muy agradecido a tu discurso, del cual te has servido sin interrupción, principalmente porque he previsto y refutado todas las objeciones que tenía dispuestas para contradecirte; y porque no has dejado nada de lo que me hacía dudar” (san Agustín, trad. en 1947, 14, 46).

Por lo expuesto, se puede afirmar que el método elegido por Agustín es la hermenéutica, cuyo fin es “interpretar lo dicho por otro, con el fin de compulsar su veracidad” (Lasa, 2005, p. 421). “La hermenéutica dirigirá interrogantes al otro para comprender el mundo de comprensión dentro del cual aconteció la existencia del segundo, mas sabiendo de antemano los límites que ha de encontrar en tal empresa” (Lasa, 2001, p. 81). En *Del Maestro* se puede identificar lo que Lasa (2007b) advierte acerca de la *comunicación dialógica con el otro*, la cual define como “el yo y el tú unidos en la búsqueda de lo que tienen en común, que es lo verdadero” (p. 81): “me perdonarás si me detengo contigo en consideraciones preliminares [...] por ejercitar las fuerzas y agudeza del entendimiento, con las cuales podemos, a más de soportar, amar el calor y la luz

de aquella región en que la vida es bienaventurada” (San Agustín, trad. en 1947, 5, 21). En consecuencia, el diálogo con otros semejantes le permite al hombre conocerse a sí mismo, a Dios y al mundo corpóreo.

Al final del diálogo, Adeodato llega a la conclusión de que el maestro humano puede servirse de las palabras, las cuales poco nos muestran, pero que son entendidas a la luz intelectual que se halla en el interior del alma y la cual deriva de Dios; sólo Dios enseña: “sea cualquiera el pensamiento del que habla, su palabra no nos muestra más que poca cosa; que, si es verdad lo que se dice, sólo lo puede enseñar aquel que, cuando exteriormente hablaba, nos advirtió que El habita dentro de nosotros” (San Agustín, trad. en 1947, 14, 46). Lasa (2006) advierte: “sólo Aquel que no tiene *sino que es el ser*, porque es autoidéntico, inmutable, puede hacer partícipe al hombre de la existencia de la verdad, esto es, de una realidad permanente, absoluta, que no la determine él” (p. 189). El maestro humano no es el ser dado que su naturaleza cambia; no puede ser nunca del mismo modo. En consecuencia, un ser finito, mutable como el hombre no sería capaz de hacer que otro hombre alcance la verdad; no puede ser causa de la facultad de conocer del hombre. He aquí la necesidad de la intervención de Alguien que sea inmutable. No queda duda alguna acerca de quién es el verdadero Maestro: Cristo. Solo a partir de la enseñanza del Maestro interior podemos alcanzar el conocimiento intelectual verdadero, en otras palabras, la sabiduría. Acerca de esto Lasa (2006) dice: “las verdades que descubro *in interiore* y por medio de las cuales juzgo acerca de todas las cosas, provienen de aquella acción iluminativa que Dios ejerce sobre mi espíritu” (p. 190). Esto nos lleva de nuevo al concepto de interioridad, a propósito de lo cual Lasa (2001) explica: “el alma descubre en sí misma la verdad –claro está, si permanece en presencia de la luz que la ilumina: Dios” (p. 74). Nos dice el filósofo cristiano de Tagaste (trad. en 1947):

Ahora bien, comprendemos la multitud de cosas que penetran en nuestra inteligencia, no consultando la voz exterior que nos habla, sino consultando interiormente la verdad que reina en el espíritu; las palabras tal vez nos muevan a consultar. Y esta verdad que es consultada y enseña, es Cristo, que, según la Escritura, habita en el hombre, esto es, la inmutable Virtud de Dios y su eterna Sabiduría. (11, 38)

Es entonces cuando el hombre ha accedido a la sabiduría beatificante, la cual, como ya se ha mencionado, la razón no puede alcanzar por sus propios medios (Lasa, 1999a, p. 31). El mismo Agustín (trad. en 1947) expresa nuevamente quién es el verdadero Maestro: “Luego ni a éste, que ve cosas verdaderas, le enseñó algo diciéndole verdad, pues aprende, y no por mis palabras, sino por las mismas cosas que Dios le muestra interiormente” (12, 40). En conclusión, el discípulo puede aprender independientemente de las palabras que profiere el maestro humano; su aprendizaje va a estar determinado por “la sumisión directa a la sola luz divina” (Lasa, 1999b, p. 51).

CONCLUSIÓN

Indudablemente, la escuela es el lugar por excelencia donde debe formarse hombres que busquen alcanzar la sabiduría y es, a nuestro entender, el maestro humano quien puede ayudar a los educandos a encausarse para que sus almas, al igual que la de Adeodato, no se ignoren y para que sus voluntades se vuelquen de lleno a las verdades inmutables y eternas para así comprender en su interior a la luz de Dios. Sólo a partir de la enseñanza del Maestro interior podemos alcanzar el conocimiento intelectual verdadero, en otras palabras, la sabiduría. Únicamente de esta manera, los hombres podrán dejar de ser esclavos de las cosas corporales, las cuales los distraen de lo que debería ser su verdadera búsqueda, la cual, innegablemente,

debe partir del deseo del mismo educando. Sin embargo, puede ocurrir que el estudiante necesite de la ayuda del maestro humano, quien lo puede guiar a convertirse en un hombre unificado. Si bien el maestro humano no puede transmitir las verdades eternas o primeros principios a través de la palabra dado que se hallan en el interior de cada hombre, sí puede enseñarle al educando cómo ejercitar el acto que distingue al hombre del resto de los mortales: pensar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Galimberti, A. (2007). Presentación. En C. D. Lasa (Ed.), *Pensar la Universidad. Presente y futuro* (p. 9-22). Villa María, Córdoba: Ediciones El Copista - Ediciones del IAPCH.
- Lasa, C. D. (1999a). Capítulo I San Agustín y el *fides quaerens intellectum*. En *Hombre, metafísica y sentido* (p. 15-35). Guadalajara, Jalisco, México: Universidad Autónoma de Guadalajara.
- Lasa, C. D. (1999b). Capítulo II Educación y sabiduría en san Agustín. En *Hombre, metafísica y sentido* (p. 37-55). Guadalajara, Jalisco, México: Universidad Autónoma de Guadalajara.
- Lasa, C. D. (2001). Interioridad y palabra en san Agustín de Hipona, *Augustinus*, XLVI, Madrid, 55–83.
- Lasa, C. D. (2004). Conocimiento de sí y conocimiento de Dios en San Agustín. En C. D. Lasa (Ed.) *Estudios patrísticos* (p. 139-158). Villa María: Ediciones del Instituto Académico– Pedagógico de Ciencias Humanas de las Universidad Nacional de Villa María.
- Lasa, C. D. (2005). Una reflexión en torno a la hermenéutica agustiniana. *Augustinus*, L, 407–434, Madrid.
- Lasa, C. D. (2006). La doctrina agustiniana de la iluminación y su relación con la idea del ser rosminiano. En *La Filosofía Cristiana de Antonio Rosmini. Actas del Congreso Internacional de Filosofía* (p. 185-197). Bs. As. Recuperado de <https://metafisicos.files.wordpress.com/2013/05/lumenagustinianolasa-1.pdf>
- Lasa, C. D. (2007a). La universidad como fruto del espíritu. En C. D. Lasa (Ed.), *Pensar la Universidad. Presente y futuro* (pp. 61-96). Córdoba: Ediciones El Copista - IAPCH.
- Lasa, C. D. (2007b). Por una educación que eduque. Algunas reflexiones en torno al problema educativo actual. En C. D. Lasa (Ed.), *Educación y excelencia humana. Vigencia de la educación humanista* (p. 11-131). Córdoba: Ediciones El Copista - Ediciones del IAPCH.
- Lasa, C. D. (29 de diciembre de 2009). El maestro y la tarea del pensar [Blog]. Recuperado de <https://fueralosmetafisicos.com/2009/12/29/el-maestro-y-la-tarea-del-pensar/>
- Lasa, C. D. (2016). El conocimiento filosófico y una historia de amenazas. *Cuadernos Universitarios* [Salta, Argentina], 9, 21-33.
- Lasa, C. D. (8 de febrero de 2017). De la necesidad de una educación humanista [Blog]. Recuperado de <https://fueralosmetafisicos.com/2017/02/08/de-la-necesidad-de-una-educacion-humanista/>
- Salazar Antequera, R. (2002). La doctrina de la iluminación en el escrito *El Maestro* de San Agustín. *Universitas Philosophica*, 38, 151-172, Bogotá, Colombia. Recuperado de <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/vnphilosophica/article/viewFile/11418/9330>
- San Agustín. (1947). *Del Maestro* (Trad. P. M. Martínez, O. S. A.). En *Obras de San Agustín III. Obras filosóficas* (3 ed. bilingüe) (p. 525-599). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 41 v.